

Toma perfecta forma de repente,
 Y al resplandor ingente
 Del sol que va á surgir en lontananza,
 Mirase que el vapor, ya condensado,
 Una ninfa ha dejado
 Que sobre el agua cristalina avanza.

Esbelta, leve, aérea, vaporosa,
 Cual la mujer hermosa
 Que la mente soñando concibiera;
 Maravilla engendrada por el cielo,
 De perfección modelo,
 Tal es la ninfa grata y hechicera.

Vertiendo luz, perfumes derramando
 Va la ninfa avanzando
 Hasta que el fondo de la gruta pisa.
 Al joven rey acércase anhelante,
 Y en tan sublime instante
 Cabal vigor le da con su sonrisa.

Al volver del sopor Cosijoeza
 Detiene en la belleza
 De aquel sér misterioso la mirada.
 Que sueña aún el joven se figura
 Y dilatar procura
 La ilusión de su mente acalorada

La ninfa entonces llega al soberano,
 Y tomando la mano
 Que éste sin resistencia le abandona,
 Así le dice con el blando acento
 Con que susurra el viento
 Cuando en las verdes matas se aprisiona:

«; Feliz mortal, indómito caudillo;
 De tus guerreros brillo
 Y de tu patria formidable escudo;
 A tí que eres el rayo en la batalla
 Que mata cuando estalla,
 Príncipe poderoso, te saludo! »

Sintió Cosijoeza á tal acento
 De extraño sentimiento
 Horribles y á la vez gustosas penas.
 ¿Qué dulce encanto aquella voz tenía
 Que circular hacía
 Desconocido filtro por sus venas?

¿Qué inconcebible mezcla de delicia
 Y dolor le acaricia,
 Su sér rápidamente trasformando?
 Siente que la visión fascinadora
 Le atrae seductora,
 El bien en su existencia derramando.

¿Qué tienen de la ninfa las miradas
 Que en él están clavadas
 Despidiendo una luz desconocida?
 ¿Por qué siente en su pecho extraño fuego
 Que consume el sosiego
 Que disfrutó hasta entonces en la vida?

Fijando con ardor Cosijoeza
 La vista en la belleza
 De la ninfa que el sér le ha trastornado,
 Dícete así con débil é insegura
 Voz, á la que procura
 Dar la expresión de su doliente estado:

«Hada, ninfa, visión encantadora,
 Que en esta grata hora
 Me das el bien robándome el sosiego,
 ¿Qué poder misterioso en tí se abriga?...
 ¡Ah! por piedad mitiga
 El que en mí has encendido ardiente fuego!

«Sí, encanto de mi vida, yo te adoro
 Y tu favor imploro,
 Aunque sea tu amor un imposible.
 Yo no sé si tu origen es divino,
 Pero al verte adivino
 Que sin tí mi existencia será horrible.

«Háblame por piedad; dime quién eres;
 No más me desesperes;
 Escucha bondadosa mi reclamo.
 Si á tanto tu poder supremo alcanza,
 Da vida á mi esperanza.
 Porque rendido y ciego yo te amo.»

Tal como la mujer enamorada
 Envuelve en su mirada
 Llena de bien al hombre á quien adora,
 Y efluvios poderosos derramando,
 Más y más va hechizando
 Al mortal con su magia seductora;

Y al ver que con su encanto le fascina,
 Que alcanzará adivina
 El triunfo en el combate que sostiene,
 Y á veces sonriendo, á veces triste,
 En cautivar insiste
 A quien ya Amor encadenado tiene;

Así la hermosa ninfa, sonriendo,
 Su poder ejerciendo
 Está en el rey altivo y valeroso.
 Llamas de amor despiden sus pupilas
 Que tiernas é intranquilas
 Le ven, arrebatándole el reposo.

Compadecida al fin del sufrimiento
 Del joven, con acento
 Dulcísimo, que al príncipe embelesa;
 Un bienestar inmenso derramando
 En él, al ir hablando,
 Así de nuevo la visión se expresa:

«No son, señor, las ninfas ni las hadas
 Que tienen encantadas
 Las mansas ondas del cercano río,
 Las que llegar me hicieron á tu lado:
 Es menos elevado
 Que el de los genios el origen mío.

«Mortal soy como tú: de humana esencia
 Proviene mi existencia,
 Que no obedece á mágico misterio.
 COYOLICALTZIN soy, la hija adorada
 De Ahuizotl, que impulsada
 Hacia tí, deja el mexicano imperio.

«El valor indomable y la grandeza
 Del rey Cosijoeza
 Los ecos de la fama proclamaron;
 Y al llegar hasta mi tales rumores,
 Los más tiernos amores
 Por ese rey en mi alma germinaron.

«Cedi al amor, y al encontrarme esclava
 Sentí que devoraba
 Todo mi sér de la pasión el fuego.
 Imploré de los dioses la ventura,
 Y hasta la azul altura
 Llegó por fin mi fervoroso ruego.

«Los númenes propicios me ampararon:
 Primero mitigaron
 De mi pasión el sufrimiento odioso;
 Después en blanca nube me envolvieron
 Y amantes me dijeron:
 «Vas presto á ver á tu futuro esposo.»

«En éxtasis divino sumergida
 Sentí que extraña vida
 Llena de bien de mí se apoderaba.
 Rauda crucé campiñas deliciosas
 Y montañas fragosas
 Cuyo suelo mi pie jamás hollaba.

«Y luego, caminando en el vacío,
 Llegué al cauce del río
 Que cerca de esta gruta corre inquieto.
 «Entra allí, me dijeron con ternura,
 «Que allí de tu ventura
 «Encontrarás el cariñoso objeto.»

« Penetré á este lugar, y enajenada
 Al verte, renovada
 Sentí de amor la llama adormecida.
 Mis ojos en los tuyos se miraron,
 Y la esperanza hallaron
 Que en mi dolor consideré perdida. . . »

« ¡ Coyolicaltzin, fuente de hermosura,
 Tú el bien y la ventura
 Con tu voz en mi sér has derramado ! »
 Así interrumpe á la gentil doncella
 El rey, que está por ella
 En las redes de Amor aprisionado.

« Tu esclavo soy, prosigue; y si es mentira
 Lo que miro, ó delira
 Mi mente que benéfica recreas ;
 Ya me halague un encanto misterioso,
 Ya un sueño delicioso,
 Hada, ninfa ó mujer, bendita seas ! »

Fija Coyolicaltzin su mirada
 Dulce y apasionada
 En el que delirante la bendice ;
 Y la mano del príncipe oprimiendo
 De nuevo, sonriendo,
 Con cariñosa voz así le dice :

« ¿ No sientes el calor del sér humano
 En mi convulsa mano ?
 ¿ Mi terrenal origen no adivinas
 En esta agitación que me devora ?
 ¿ Que á engañarte traidora
 He venido á tu lado te imaginas ?

« Yo soy una mujer ; te lo aseguro.
 No broté á tu conjuro
 De entre las aguas del sereno río.
 Del Anáhuac los dioses me trajeron,
 Porque calmar quisieron
 Las ansias de mi amante desvarío.

« Calma tu frenesí, y óyeme atento :
 El mismo sentimiento
 De amor que mi presencia te ha inspirado
 Arde en mi pecho que por tí se inflama ;
 Una misma es la llama
 Que en nuestros corazones ha brotado.

« Siendo tú de mi padre el enemigo,
 Este amor que hoy bendigo,
 Antes, te lo confieso, me espantaba,
 Porque voz misteriosa me decía
 Que nunca llegaría
 A cumplirse la dicha que soñaba.

« Pero mi padre, cuyo nombre aterra,
 Cansado de la guerra,
 Su amistad poderosa va á ofrecerte;
 Si logras que ese dón del soberano
 Selle yo con mi mano,
 De nuestro mutuo amor harás la suerte. »

Sintió Cosijoeza á estas razones
 Crecer las ilusiones
 Que al mirar á la dama concibiera;
 Y tregua dando á su letal tormento,
 Con el vehemente acento
 De la pasión, le habló de esta manera:

« Coyolcaltzin, noble y soberana
 Princesa mexicana,
 Que reina debes ser de la hermosura,
 Bendigo de los dioses la clemencia
 Que trae á mi presencia
 Al sér de quien diuana la ventura.

« Esclavo del amor que en mí se encierra
 Doy término á la guerra
 Que acepté del monarca mexicano,
 A quien, libre de enojo y de rencores,
 Mandaré embajadores
 Con la paz y en demanda de tu mano. »

Dijo, y fijando en la mujer amada
 Su luciente mirada
 La envuelve en el fulgor de su ternura.
 Toma su breve mano, á la que llega
 Los labios, y se entrega
 A un dulce arrobamiento de ventura.

Así, en grato silencio, y confundidos
 De los dos los latidos,
 Amor con las miradas se juraron;
 Y conservando el cuerpo la pureza,
 Con celestial terneza
 Las almas de los dos se acariciaron.

Después Coyolcaltzin, anhelosa
 Cual leve mariposa,
 En derredor se agita de las flores.
 Toma de allí la esencia delicada
 Que tienen encerrada,
 Y en el príncipe vierte sus olores.

« ¡Adiós! le dice luego con dulzura;
 Mi amor que es tu ventura
 Te aguarda en el imperio mexicano.
 ¡Quédate, adiós! tu esposa prometida
 Será reconocida
 Por el lunar que miras en mi mano. »

Dijo, y en ese arrobador instante,
Mostrando al regio amante
La señal que su mano contenía,
En la nube se oculta de repente
A la vez que en Oriente
Claro y radiante el sol aparecía.

Espléndida despierta la mañana:
De reluciente grana
En fondo azul se extienden los celajes:
Y es que, del claro día precursora,
De su lecho la aurora
Descoje los carmíneos cortinajes.

Sale la nube de la gruta al río
En tanto que sombrío
Queda en nuevo sopor el rey guerrero.
El zenzontli, saltando en la enramada,
Con voz enamorada
Del día anuncia el resplandor primero.

Vuelve el monarca en sí y en torno gira
La mirada; suspira
Recordando el ensueño delicioso.
Después, marchando en pos de la ventura,
A salir se apresura
Y á la ciudad dirígese anheloso.

La gran Tenochtitlán alborozada
Se encuentra engalanada
Ostentando sus múltiples primores.
Cubren las casas verdes carrizales;
Los lagos y canales
Recinto son de palmas y de flores.

Llegan de la laguna á los confines
Los flotantes jardines
Que como islas de flores aparecen.
De plantas aromáticas cubiertos
Perfuman esos huertos
El líquido cristal en que se mecen.

Del pueblo muchedumbre bulliciosa
Recorre presurosa
De la ciudad los públicos lugares.
Imperan el placer y la alegría,
Y todos á porfía
Abandonan en masa sus hogares.

De los suntuosos templos las fachadas
Están aderezadas
Con tapices de nardos y de rosas
Que el reino Xochimilca ha fabricado,
Y en los que está expresado
El júbilo en labores caprichosas.

Clamor inmenso súbito resuena
 Que la ciudad atruena
 Cual si bramara el huracán violento;
 Y en ese grande y espontáneo grito,
 Con ardor inaudito
 La multitud expresa su contento.

Cruzando la calzada del Oriente
 Avanza lentamente
 A la ciudad lujosa comitiva.
 Es del rey zapoteca el mensajero
 De paz: y lisonjero
 El pueblo lo aclamó con ansia viva.

Ahuizotl en su espléndida morada
 Espera la embajada
 Del que fuera en las lides su contrario.
 Circunda el trono de sin par grandeza
 La más alta nobleza
 Que va á asistir al acto extraordinario.

Adornan el salón ricos festones;
 En tazas y en jarrones
 De áureo metal estréchanse las rosas,
 Esparciendo su mágica fragancia
 En la elegante estancia
 Revestida de galas primorosas.

Para guardar el interior espacio
 Del imperial palacio,
 En formación se ven filas guerreras,
 Ya al águila salvaje semejando,
 Ya la forma tomando
 De víboras, jaguares y panteras.

Se oye el són de los roncós atabales
 Que al pueblo da señales
 De que abre su mansión el soberano.
 La comitiva zapoteca avanza
 Sembrando la esperanza
 De la paz en el reino mexicano.

Del sumo sacerdote precedida
 Es luego recibida
 Por Ahuizotl la comitiva egregia,
 Que ante el monarca excelso, reverente
 Inclinando la frente
 Va cuenta á dar de la demanda regia.

El saludo devuelve el soberano
 Del reino mexicano
 Al noble embajador de su enemigo.
 Éste inclina de nuevo la cabeza
 Sin ajar la grandeza
 Que de su invicto rey lleva consigo.

Yérguese luego, y con la voz segura,
 A la que dar procura
 Altivo tono, exento de jaetancia,
 Se expresa así, los pechos conmoviendo
 De los que van oyendo
 Su natural patriótica arrogancia:

«Noble señor de Anáhuac; poderoso
 Monarca del grandioso
 Y floreciente imperio mexicano,
 Dignate recibir benígnamente
 El liberal presente
 De amistad de mi augusto soberano.»

Dijo, y á su señal la comitiva
 En actitud altiva
 Los ricos dones de su rey entrega.
 Luego el embajador, vuelto hacia el trono,
 En resonante tono
 Estas palabras con calor agrega:

«Con delicadas plumas de colores
 Que roban á las flores
 Su inimitable mágica tersura,
 Un manto á tu persona destinado
 Encontrarás guardado
 En esa piel de nitida blancura.

«En esos vasos de oro reluciente
 Magnífico presente
 Hallarás de preciosa pedrería.
 Con ésto mi señor quiere expresarte
 Su amistad, y mostrarte
 Que iguala su riqueza á su osadía.

«Él acepta la paz por tí propuesta,
 Y no porque funesta
 La guerra debilite sus Estados;
 Sabe que siempre por el patrio suelo
 Lidarán con anhelo
 Los zapotecas nobles y esforzados.»

Oye Ahuizotl en actitud tranquila
 La arenga; no vacila,
 Y vence la emoción que le devora.
 Luego, fijando suspicaz mirada
 En la regia embajada,
 De esta suerte se expresa en voz sonora:

«Gozoso acepto el liberal presente
 De tu señor valiente
 Que sus armas en lid midió conmigo.
 La paz, que es de los pueblos la alegría,
 Queda desde este día
 Asegurada, con lealtad lo digo.»

Siente latir en tan feliz momento
 Con ímpetu violento
 Su corazón el bravo zapoteca;
 Y luego, conmovido y anheloso,
 Agrega presuroso
 Con voz que la emoción en silbo trueca:

« Como firme señal de la alianza
 Que da la bienandanza
 A mi nación y al reino mexicano,
 Demanda mi señor humildemente
 Que benigno y clemente
 De tu hija le des la augusta mano.

« No es de ambición el miserable ruego
 El que turba el sosiego
 Del generoso rey Cosijoeza.
 En sueños vió el semblante de tu hija,
 Y desde entonces fija
 Tiene en el corazón su gentileza. »

Se estremeció Ahuizotl terriblemente;
 Anublóse su frente;
 Sus ojos en las órbitas giraron;
 Lanzó su pecho tético gemido
 Semejante al rugido
 Del león que las redes sujetaron.

Inclina luego la viril cabeza;
 Suspira, y con tristeza,
 Pero guardando su imperial decoro,
 Dice al embajador de su adversario
 Que llega temerario
 A arrebatarse su mejor tesoro:

« Siempre he sido leal: jamás mi pecho,
 Vulnerando el derecho,
 Obró, en sus arrebatos, con falsía.
 He jurado la paz con mi enemigo,
 Y ni rencor abrigo
 Ni me impulsa cobarde alevosía.

« Me pides más que mi imperial diadema;
 La ventura suprema
 Que más mis ilusiones alentara,
 Era morir con las miradas fijas
 En mis amantes hijas,
 Cuya presencia el bien me derramara.

« Pero no mi amistad ofrecí en vano:
 Otorgo, pues, la mano
 A tu señor de la gentil princesa.
 Vas aquí mismo á contemplarlas luego,
 Y que expreses te ruego
 Por quién tu soberano se interesa. »

Dijo, y á su mandato poderoso
Acude presuroso
Un anciano de noble gerarquía.
Sus órdenes recibe reverente ;
Se marcha, y diligente
De las princesas vuelve en compañía.

Son jóvenes las tres ; las tres hermosas
Como las tiernas rosas
Que nacen al llegar la Primavera.
Tienen todas la magia reservada
A su alurnia elevada,
Y en todas ellas el orgullo impera.

Del rey Cosijoeza el enviado
Vacila contrariado
Delante de las tres encantadoras.
¿Cómo elegir podrá si son iguales
Los rostros celestiales
De aquellas hermosuras seductoras?

De pronto alcanza con sus manos bellas
Una de las doncellas
Su tocado de rica pedrería,
Y muestra al zapoteca vacilante
En ese breve instante
Un lunar que su diestra contenía.

Mira el embajador al soberano,
Y tendiendo la mano
Hacia aquella bellísima princesa,
« La joven, dijo, á quien mi rey adora
Con pasión destructora,
Y cuya mano te demanda, es esa. »

Sintió Ahuizotl la punzadora herida
Que arrancando la vida
Produce padecer hondo y prolijo,
Y envolviendo á su hija más amada
En su tierna mirada,
Conteniendo su llanto así le dijo :

« ; Coyolicaltzin inocente y pura ;
Alma de mi ventura ;
Esperanza que en humo se convierte,
Forzoso me es cumplir lo prometido,
Aunque mi sér herido
Sucumba al fin por espantosa muerte ! »

A la nobleza se dirige luego,
Y con vehemente fuego
Que más que orgullo majestad denuncia,
Con voz solemne y distinguido porte,
Conmoviendo á la corte,
Estas palabras Ahuizotl pronuncia :

« Prenda es de paz mi idolatrada hija :
 Felicidad prolija
 A la nación dará mi sacrificio.
 No siento, empero, torcedor aleve,
 Que así es como obrar debe
 Quien consagró á la patria su servicio. »

Luego al embajador, con voz serena,
 Que ni dolor ni pena
 Deja advertir, apresurado dice :
 « Cumpro como monarca mexicano ;
 Es de tu soberano ;
 La otorga el rey, el padre la bendice. »



CUAUHTEMOC

32493

CAPILLA A. FONSINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA